

paciencia: os llama y os convida; salid á recibirla: os recibe y os perdona; permanecedle fieles. Estas son las obligaciones que os impone y á que debeis corresponder reconocidos. ¡Qué, pecador! Dios te sufre, Dios te espera, y en vez de aprovecharte de su paciencia y entrar en tí mismo, añades pecados á pecados, adulterios á fornicaciones, cohechos á la avaricia, murmuraciones á los juicios temerarios, perjurios á las mentiras, blasfemias á los juramentos, etc.! Há diez y veinte años que Dios te espera, y está cerca de tí, para que te conviertas á él, ¡y no lo haces! mira que no hay sinó un hilo delgado, por el cual su misericordia suspende la ejecucion de sus venganzas. ¡Ah! ¡menospreciarás siempre las riquezas de su bondad, de su paciencia y de su larga tolerancia? *An divitias bonitatis ejus, et patientia, et longanimitatis contemnis?* (ROM. II, 4), te dice san Pablo. Porque Dios te espera á penitencia, ¿nunca la harás? Al contrario, ¿no es esta bondad la que debe obligarte á no diferirla? No obstante, por tu impenitencia y la dureza de tu corazon, amontonas un tesoro de cólera para el dia de la ira y de la manifestacion del Señor. En efecto, ¿qué dureza hay semejante á la de un hombre, á quien no ablanda la bondad y la dulzura de un Dios que le espera á penitencia? Tú te amontonas un tesoro de cólera: *Thesaurizas tibi iram*. Reparad bien esta palabra: *Thesaurizas*. Es el pecador solo el que es la causa de su mal y de su pérdida. Dios ha hecho todo lo que debia por su salvacion: le concedió la gracia de conocerle: le ha enseñado á discernir el bien del mal: le ha manifestado las riquezas de su bondad para atraerlo á sí; tambien le amenazó con el rigor de sus juicios para obligarle á convertirse. Si, pues, pecador, perseveras en la impenitencia, no puedes atribuirlo á otro que á tí mismo. Aprovéchate de la misericordia de Dios, que te espera á penitencia. ¡Ah! no canses más su paciencia con esas dilaciones continuas de conversion.

Su misericordia te llama: es preciso que le salgas al encuentro. Hay una ley, segun la cual Dios quiere apiadarse de nosotros, como advierte san Ambrosio sobre aquellas palabras del Profeta: *De lege tua miserere mei* (IN PSALM. CXVIII, 20). Esta ley es la union de nuestra voluntad á la de Dios. Dios quiere salvarnos: es preciso que nosotros lo queramos tambien; nos llama: debemos responder; nos dá la mano: es preciso que le presentemos la nuestra; nos pone en el buen camino: quiere marchemos por él. Una de estas voluntades no tiene su efecto, sinó juntamente con la otra. La de Dios comienza la obra, la conduce, la consume: la del hombre sometida y unida á esta causa primera, debe concurrir al cumplimiento de sus designios y al suceso de este importante negocio. Pero ¿qué voluntad pide de nos-

otros? Una voluntad que corresponda al celo ardiente de su piedad, y que nos haga decir con san Pablo: *Domine, quid me vis facere?* (ACT. IX, 6). Vosotros sabeis en que disposicion estaba en el principio de su conversion; nos lo manifiesta él mismo en su epístola á los Galatas (CAP. I, 13). Vosotros habeis oido hablar, les dice, de mi conducta y de mis acciones, en el tiempo anterior á aquel en que Dios me hizo la gracia de convertirme: yo perseguia la Iglesia de Dios de una manera tan cruel, que tengo horror todas las veces que lo pienso. ¿Quién hubiera creido que la misericordia de Dios escogiese este momento para llamarme? No obstante, entónces fué cuando me hallé rodeado de una luz, y oí una voz que me dijo: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Yo soy tu Salvador, contra quién tú conviertes tu rabia y tus persecuciones. Pues lo que una vez sucedió de una manera tan manifiesta, sucede aún todos los dias en favor de los pecadores. Dios los llama y los busca, aún cuando le persiguen. Sí, mis amados hermanos, si quereis confesar la verdad, esto es seguro de que vendreis en que la misericordia de Dios se hizo oír en lo más interior de vuestros corazones en el tiempo mismo en que le ofendiais. ¡Ah! cuántas veces os ha dicho, cuando se trataba de cometer aquella injusticia, aquella impureza, etc.: hijo mio, no hagas esto: ¿por qué me persigues? Yo soy tu Salvador y tu Dios, que te llama, que te busca. ¿Qué debeis vosotros hacer entónces? Rendirlos, obedecer á la voz del cielo, diciendo con el santo hombre Job (JOB. XIV, 15): Señor, vos habeis contado todos los pasos que he dado para mi perdicion y sabeis cuánto he hecho y cuánto me he alejado de vos. Pero, yo vuelvo á vos, ¡oh mi Dios! Perdonadme, os ruego, mis pecados, y no me priveis de los beneficios de vuestra misericordia.

Finalmente, cuando la misericordia de Dios recibe al pecador y le perdona, lo que éste debe hacer de su parte es permanecerle fiel, y fiel hasta la muerte, sin ninguna recaida en sus primeros desórdenes. Debe renunciar absolutamente á los pecados que se le perdonaron, y corresponder fielmente á la misericordia divina, que condena tanto las conversiones inconstantes, cuando se regocija de las que son sólidas y permanentes. Es necesario que este pecador gima los dias que le restan, el haber tardado tanto tiempo en darse á Dios. Es necesario que, penetrado de un vivo reconocimiento, no cese de admirar lo que la misericordia de Dios hizo por él; que glorifique continuamente el nombre del Señor por haber hecho resplandecer su infinita bondad con él, sacándole del abismo en que el pecado le habia precipitado. Estos eran los sentimientos del rey penitente, y tales deben tambien ser los nuestros.

Antes de concluir reuniré en pocas palabras el fruto que se debe sacar de este discurso. Vosotros habeis oido cuán grande es la misericordia de Dios con los pecadores; no desconfieis jamás de ella, y por estragada que haya sido vuestra vida, no desesperéis de vuestra salvacion; pues la bondad de Dios excede infinitamente á toda la malicia de los hombres. Pero, no abuseis tampoco de ella; porque el Profeta nos advierte, que la misericordia de Dios es para los que le temen y no para los que le menosprecian: *Misericordia autem Domine ab æterno et usque in æternum super timentes eum* (PSALM. CII, 17). Ella os espera á penitencia: no canseis su paciencia; os convida y os llama: rendíos á sus solicitudes; os recibe y os perdona: sedle fieles. Justos, esperad en la misericordia de Dios; pero perseverad, á fin de que corone en vosotros sus dones, recompensando vuestros méritos. Pecadores, esperad tambien en la misericordia de Dios; pero, haced penitencia. Hacer penitencia sin esperar es el patrimonio y la pena de los demonios: esperar sin hacer penitencia, es la presunción de los libertinos; mas, hacer penitencia y esperar, es el consuelo de los pecadores verdaderamente convertidos, quiénes, despues de haberse aprovechado de la misericordia de Dios en esta vida, la alabarán y la bendecirán eternamente en la otra: esto es lo que os deseo, etc.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

MISERICORDIA DE DIOS.—Quiere que la copozcan todos los pecadores que la necesitan.

Quiere que se la pidan con confianza y con humildad.

Quiere que la imiten todos los que la reciben.

MISERICORDIA DE DIOS.—Ha convertido en gracia nuestras penas.

Ha convertido la tierra en un paraiso.

Ha convertido á nuestro enemigo en nuestro salvador.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Universæ viæ Domini, misericordia et veritas. Psalm. XXIV, 10. | Todos los caminos del Señor son misericordia y verdad.

Quomodo miseretur pater filiorum, misertus est Dominus timentibus se. Psalm. CII, 13.

Magna est super cælos misericordia tua. Psalm. CVII, 5.

Suavis Dominus universis: et miserationes ejus super omnia opera ejus. Psalm. CXLIV, 9.

Misereris omnium, quia omnia potes, et dissimulas peccata hominum propter penitentiam. Sap. XI, 24.

Expectat Dominus ut miseretur vestri; et ideo exaltabitur parcens vobis. Isai. XXX, 18.

Nolo mortem impii, sed ut convertatur impius à via sua, et vivat. Ezech. XXXIII, 11.

Vidit Deus opera eorum, quia conversi sunt de via sua mala; et misertus est Deus super malitiam, quam locutus fuerat, ut faceret eis, et non fecit. Jonæ III, 10.

Cùm iratus fueris, misericordie recodaberis. Habac. III, 2.

An divitiarum bonitatis ejus, et patientiæ, et longanimitatis contemnīs? Rom. II, 4.

Ubi abundavit delictum, superabundavit gratia. Idem. V, 20.

Patienter agit propter vos, nolens aliquos perire. II Petr. III, 9.

Como un padre se compadece de sus hijos, así se ha compadecido el Señor de los que le temen.

Es más grande que los cielos tu misericordia.

Para con todos es benéfico el Señor; y sus misericordias se extienden sobre todas sus obras.

Tú tienes misericordia de todos, por lo mismo que todo lo puedes, y disimulas los pecados de los hombres á fin de que hagan penitencia.

Dá largas el Señor para poder usar de misericordia con vosotros; y ensalzar su gloria con perdonaros.

No quiero la muerte del impío, sinó que se convierta de su mal proceder y viva.

Viendo Dios las obras de penitencia que hacian, y como se habian convertido de su mala vida, moviése á misericordia, y no les envió los males que habia decretado.

Te acordarás de la misericordia tuya, cuando te habrás irritado.

¿Desprecias tal vez las riquezas de su bondad, y de su paciencia y largo sufrimiento?

Cuanto más abundó el pecado, tanto más ha sobreabundado la gracia.

Espera con mucha paciencia por amor de vosotros el venir como juez, no queriendo que ninguno perezca.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA SOBRE EL MISMO ASUNTO.

Son tantos y tan grandes los ejemplos de la misericordia divina que vemos registrados en los Libros santos, que no sin motivo dijo el

real Profeta: *Misericordia Domini plena est terra* (SALM. XXXII, 5). Fijemos, por no ser difusos, nuestra atencion en los siguientes:

El capítulo III del libro del Génesis nos manifiesta, que tan pronto como pretende esconderse el primer pecador, la misericordia de Dios lo busca para perdonarlo.

El más amante de los padres no manifestaría con sus hijos la compasion que Dios manifestó por las penas y tiranías á que estaba sujeto el pueblo de Israel en Egipto. Oigamos como habla á Moisés al elegirle para libertar á sus hermanos: *Clamor filiorum Israel venit ad me; vidi que afflictionem eorum, qua ab Ægyptiis opprimuntur: sed veni, et mittam te ad Faraonem* (EXOD. III, 9).

Cuantas veces pecan y se rebelan los israelitas en el desierto, otras tantas experimentan el terrible castigo de Dios; pero, tambien otras tantas Moisés y Aaron alcanzan el perdon, acudiendo á la misericordia de Dios (EXOD. 17-32.—NUMER. 11-14-16-21).

La misericordia de Dios salva á un David adúltero y homicida, desde el momento en que manifestó su verdadera contricion y arrepentimiento (II REG. 12).

El rey Manasés fué un impío: sin embargo, cuando se volvió á Dios de todo corazon desde el calabozo en donde estaba cargado de cadenas, fué oido del Señor y perdonado (II PARAL. 33).

¿Quién estuvo más en peligro de sucumbir á los rayos de la justicia de Dios que los Ninivitas? Ya se habia pronunciado la tremenda sentencia de su total subversion. El profeta Jonás les predica penitencia, y compungidos á la voz del profeta, experimentaron la misericordia del Señor (JON. 4).

Véanse los ejemplos de misericordia que Jesucristo nos presenta en la vocacion de Mateo (MATTH. C. 9), de Zaqueo (LUC. 19), en el perdon de la Mujer adúltera (JOANN. 8), de la Magdalena (LUC. 7), en la conversion de la Samaritana (JOANN. 4), en la parábola del Hijo pródigo (LUC. 15), en las lágrimas que derrama sobre Jerusalem (LUC. 19), en la gracia concedida al buen Ladron (LUC. 23), el perdon concedido á Pedro: sobre cuyos pasajes dice san Gregorio: *Perpendo Petrum, considero Latronem, aspicio Zacheum, intueor Mariam, et nihil aliud video nisi ante oculos nostros spei exempla: ubique exempla sue misericordie apponit* (HOMIL. 25 IN EVANG.)

¿Quién desesperará al ver á un Saulo objeto de la infinita misericordia de Dios, en el acto mismo de perseguir á los cristianos con un celo que más bien podríamos llamar furor?

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Tam pater nemo, tam pius nemo, quam Deus. Tertull. lib. de Pœnit. No hay padre más cariñoso ni más compasivo que Dios.

Misericors et justus est Dominus, nolimus quæso nos Deum ex dimidia tantum parte cognoscere, neque ejus erga nos bonitatem ad ignaviae occasionem accipiamus. S. Basil. in Serm. El Señor es misericordioso y justo; no pretendamos, os encargamos, conocer á Dios sólo á medias, tomando ocasion de su bondad hacia nosotros para ser descuidados en nuestra santificacion.

Sustinuit Deus blasphemantem, ut reciperet pœnitentem. S. Chrysost. de Saulo. Dios le sufrió (á Saulo) cuando blasfemo, para abrazarle cuando penitente.

Ille negat Deum, qui eum peccata dimittere non credit. S. August. Serm. 4 de Nativ. Domini. El que no cree que Dios haya de perdonarle sus pecados, le niega.

Patiens est Deus super peccatores, donec convertantur, quancumque conversi fuerint, præterita obliviscitur, futura promittit. Idem, in Psalm, XXXII, Serm. 1. Dios es muy sufrido con los pecadores hasta que se convierten; luego que se convierten, olvida los pecados cometidos y les promete los premios futuros.

Sic nos misericordia ejus refoveat, ut nullo modo negligentes reddat: sic peccata nostra justitia perturbet, ut mens in desperationem non proruat. S. Gregor. lib. 18 Moral. La misericordia de Dios debe alentarnos, pero no hacernos negligentes; su justicia debe alarmarnos en nuestras culpas, pero sin hacernos desesperar.

Licet provocaveris patientiam Dei, paratus est tamen misereri cum volueris, et reverti ad revertentem, nec erit mora inter confitentem et remittentem. S. Petr. Dam. Serm. S. Mart. Aún cuando hubiese provocado la paciencia de Dios, con todo, está dispuesto á perdonarte así que lo solicites, y amarte ya convertido, siendo simultáneos tu conversion y su perdon.

Si cognosceret homo quam multiplicia sunt ejus pericula, Si el hombre conociera cuántos y cuán grandes son los peligros

tunc cognosceretur quam multiplex sit ejus misericordia. S. Bonavent. in Psalm. 119.

Cum irascitur Deus in reos, differt ut puniat: cum misereatur, properat ut absolvat. S. Paulin. Epist. 2.

Mira res, mirabilisque misericordia Dei, et Redemptoris nostri: gemit peccator intra se, doletque perpetrasse delictum, et confestim placatur Altissimus. S. Laur. Justin. lib. de Obedient. c. 15.

que le rodean, conocería también cuán abundante es la misericordia de Dios al librarle de los mismos.

Cuando Dios se arma de su justicia contra los culpables, difiere el castigarlos; pero cuando perdona, al momento absuelve.

Gran cosa y muy admirable es la misericordia de nuestro Dios y Redentor; así que el pecador se compunge de corazón, y llora sus pecados cometidos, se aplaca el Dios altísimo.

Véase: PACIENCIA DE DIOS EN TOLERAR AL PECADOR.—HIJO PRÓDIGO.

MISTERIOS.

Deus in caelo, et tu super terram; idcirco sint pauci sermones tui.

Dios es el Señor que está en los cielos, y tú un vil gusano sobre la tierra: sean pues pocas y muy medidas tus palabras.

(ECCLES. V. 1.)

¿Qué palabras son esas, carísimos hermanos, y por qué nos exhorta el Sábio á ser breves en nuestros discursos, porque Dios está en el cielo y nosotros en la tierra? ¡Oh! sin duda quiere darnos á entender, que solo á Dios corresponde el derecho de dictar juicios y pronunciar oráculos, porque solo él está colocado bastante alto y ve de bastante lejos, para abarcar desde aquel punto elevado el encadenamiento de efectos y causas, de principios y consecuencias; al paso que el hombre, oscuro habitante de un valle de tinieblas, limitado de todos lados por un estrecho horizonte, debe abstenerse del tono dogmático y decisivo,

y contenerse en la reserva y discrecion convenientes á su ignorancia. *Deus in caelo, et tu super terram; idcirco pauci sint sermones tui.*

Pero, esta sábia máxima, aplicable á los discursos y escritos de toda clase, aplícase más naturalmente aún á la cuestion más seria de los misterios de la religion. Nó, diremos al incrédulo, audaz escrutador de los secretos de la divinidad, no juzgues con una precipitacion temeraria, y no te apresures á expresar ante Dios los pensamientos de tu corazón; no te rias con desdeñosa superioridad; no digas que tal dogma es absurdo, que tal misterio es imposible. Atomo perdido en la inmensidad de los mundos, piensa en que tu Señor está en el cielo, que sus vias no son las tuyas, que sus pensamientos no pueden ser los tuyos; y que desde su trono se reiría de tu locura, si ántes no le inflamase de ira tu impiedad!

Nosotros mismos, amados oyentes, dóciles á esta leccion del Espíritu Santo, nos consideraríamos dichosos con creer y adorar en silencio, y no vendríamos hoy á abrir una discusion dolorosa sobre los objetos venerandos de nuestra fe; pero, cuando la impiedad osa atacarlos, nos está permitido y prevenido defenderlos. Nuestros misterios son el grande y eterno pretexto de la incredulidad. El incrédulo, por punto general, desecha toda religion misteriosa, y apóyase particularmente en la naturaleza de nuestros misterios cristianos para justificar su oposicion al cristianismo. Probemos primero, que razona mal quien desecha una doctrina solo porque ofrece misterios en que creer; y este será el primer punto de nuestro discurso. Mostremos luego, que nuestros dogmas religiosos son por su índole dignísimos de nuestra fe, de suerte que, léjos de ser una preocupacion desfavorable al cristianismo, serian ántes un motivo más para admitirlo; y esto dará materia á la segunda reflexion. Dirijámonos á la fuente de las luces, por la intercesion de la Virgen. A. M.

1. La táctica más familiar al incrédulo es, desfigurar las ideas, cambiando la acepcion natural de las palabras. Así, para rechazar mejor la fé de nuestros misterios, afecta confundir el misterio con el absurdo. ¿Quereis destruir ese vano prestigio? Definid los términos, y del sofisma desvanecido no quedará más que lo ridículo, que corresponde de derecho al imprudente provocador. Definid pues el misterio, y comprendamos de una vez cuanto difiere del absurdo. Un absurdo subleva la razon; un misterio sobrepuja la inteligencia. El absurdo encierra siempre alguna contradiccion chocante en las palabras ó en las ideas; el misterio está sencillamente circundado